

El aquelarre de Míriam Tey

PILAR RAHOLA

“Todos tenemos un pasado”, dice Míriam Tey en estos días aciagos de aquelarre. Ella, que se las prometía tan felices desde que conoció —y deslumbró— a José Mari en casa de Óscar Tusquets, y ahora ahí está, centro centripeto del fuego que se ha montado para quemar a las brujas del machismo. Algún día la historia no contada de la Cataluña opaca (pero poderosa) tendrá que dedicar un capítulo a los chicos que cenan con José Mari en casa de Oscar y a todo lo que se fragua de lo que allí se habla. Que algunos cargos nacen entre tenedores de diseño...

Pero hablábamos de Míriam Tey, esta mujer de larga biografía editorial, cercana a los estereotipos del progresismo pijo, más o menos de izquierdas, que rompió todos los esquemas cuando dio el sí al presidente. Dirigir el Instituto de la Mujer del PP no formaba parte, ciertamente, de las previsiones que habríamos hecho de la ac-

tual directora de Editorial El Bronce y otrora compañera sentimental del gran Miquel Alzueta. Ilustrada, moderna, dicen que hasta rupurturista, Míriam no es, ciertamente, lo que llamaríamos una *chica PP*. Pero siguiendo la estela de otros grandes *ex* del progresismo, como el conspicuo Racionero o el adusto Juaristi, Tey también fue seducida por la melodía erótica de la flauta del poder y decidió abandonar el pesado fardo de la coherencia para volar libre. No creo que se la pueda acusar de nada, más allá de saber medrar sin mala conciencia.

Sin embargo, no sólo le están lloviendo acusaciones de todo tipo, sino que se ha convertido en la cabeza exigida por todos los pueblos

de la izquierda y el feminismo para acallar la gruesa polémica que se ha montado. *Todas putas*, de Hernán Migoya, ha encendido muchos fuegos, y el hecho de que su

Lo peor del libro es su autor, un misógino que provoca al feminismo diciendo más sandeces que su propio personaje

editora, Míriam, sea a la par directora del Instituto de la Mujer ha supuesto una auténtica carta de dinamita. Sin duda, parece lógico el

cabreo: ella, celadora de los derechos de la mujer, especialmente responsable de la lucha contra el maltrato y la violencia, publica un libro soez y misógino donde se hace una clara apología de la violación. Ergo hay que destituirla. Y si, en el disparo hacia arriba, le damos a Zaplana, mucho mejor, que en tiempos electorales sienta bien la caza mayor. Pero aunque parezca lógico, personalmente me parece un despropósito de tomo y lomo que tiene visos de auténtico aquelarre. Ya lo ha escrito Barril magistralmente en *El Periódico* y también Elvira Lindo en estas páginas, y hasta Haro Tecglen se ha escandalizado por el escándalo montado. Cristina Peri Rossi dio en la

diana: lo único escandaloso es que se publique un libro tan mal escrito. El debate, sin embargo, no es menor porque introduce elementos de gran calado: libertad de expresión, censura de lo políticamente incorrecto, confusión entre ficción y realidad, límites de la literatura...

Diremos primero que lo peor del libro es su autor, un entrañable misógino que está encantado de sus cuatro minutos de gloria y que va por ahí intentando escandalizar al feminismo a costa de decir más sandeces que su propio personaje. Pero para misóginos notables, una se queda con Cela o con Umbral, que como mínimo escriben extraordinariamente. El señor Migoya no sólo piensa mal, cosa que abunda bastante, sino que escribe peor. Encima de misógino, pues, mal escritor. Una cree que Míriam Tey podría haberse ahorrado papel no editándolo, pero no por lo que dice, sino por lo mal que lo